

haga respetar. El sueño tranquilo, la seguridad de que debe disfrutar una viajera en el reservado, que para eso es reservado, desaparecen desde el momento en que, á las altas horas de la noche ó de la madrugada, se abre la portezuela y se entran como Pedro por su casa una corriente de aire y un empleado descorriendo la cortinilla de la luz y pidiendo el billete. Y esto se repite diez veces, mil; no es casualidad, es mala maña adquirida, el eterno abuso, el eterno «es lo mismo» español.

Conviene establecer que nada es lo mismo. Todo importa, todo debe ir por su camino, y en este punto no culpo sólo á los empleados; cumplo también al público pagano, que no procura por sí, y hasta propende á mirar como un ser extrafalario y un bicho raro al que mantiene la legalidad (en forma cortés, pero categórica). Siempre que en los tranvías de Madrid he procurado que se conservase en vigor la prohibición de fumar en el interior del coche, instando al cobrador á que haga cumplir el reglamento, he tenido en contra, no ya á los que fumaban, sino ¡oh asombro!, á las mujeres, víctimas de la humareda y la peste del cigarro estanquil.

* *

Volviendo á los ferrocarriles (ó ferros-carriles, como dicen muchas personas que la echan de finas), el reservado de señoras, á pesar de la familiaridad con que lo tratan los empleados, es todavía una isla de refugio; pero qué, ¿se ha de componer el mundo de gente acomodada que puede adquirir billete de primera? ¿Por qué no hay reservados en todas las clases, al menos en segunda, á ejemplo de Francia? ¿Es que no tienen pudor, es que no tienen decoro que guardar las mujeres desde el momento en que su bolsillo no les permite sufragar más que billete de las clases inferiores? La moral ¿no debe conservar sus privilegios en todas las esferas sociales?

Un solo departamento se concede aquí á los que se sienten molestados por el humo del cigarro: en los demás fuman los hombres como carreteros. En el extranjero sucede lo contrario: hay un departamento para fumadores; en los restantes no se fuma. Se considera excepcional lo que nosotros juzgamos normal y orgánico.

Pues ese departamento, único á que podrán acogerse los que no soporten el humo en recinto tan angosto, los que se mareen, los que van enfermos, los que padecen del estómago ó sienten congestionados los bronquios, ese departamento de no fumadores se halla convertido en fumadero universal. Una inglesa á quien le contaba yo este rasgo característico de nuestras detestables costumbres, se resistía á creerlo. — Para algo, decía ella candorosamente, se cuelga una tablilla que reza «No fumadores.»

— ¡Ah!, se cuelga, respondí yo, para que un individuo listo fume solo, después de expulsar á los demás. Y se cuelga para tener el gustazo de contravenir lo mandado, linaje de placer genuinamente nacional. Yo he viajado algunas veces en ese departamento, y las cuento por batallas. Con la mayor naturalidad, mis compañeros de viaje sacaban sus avíos de fumar, abrían su petaca, encendían su fósforo... Y había que oírles al punto en que yo intervenía. El uno declaraba serle imposible vivir sin fumar; el otro defendía aquel cigarro, después del cual no volvería á delinquir; muchos, con malos modos, me enviaban á paseo, aprovechándose de que no estaba presente empleado ninguno, y al aparecer el empleado salían del paso mintiendo como bellacones: el cigarro fumado estaba, la colilla arrojada en algún tunel, y vaya usted á abrir una información probatoria de que minutos antes funcionaba activamente la chimenea y emponzoñaban el ambiente, ya viciado por la respiración, nubes hediondas y emanaciones de nicotina.

* *

El público, lo repito, hace buenas á las Compañías, y por su parte las Compañías se gozan en dificultar los viajes como si no tuviesen sobre la tierra otra misión ni otro quehacer más urgente. Ejemplo: el viajero que lleva billete tomado para un punto y al llegar á aquel punto desea continuar su viaje, y cree que en dieciséis ó veinte minutos que el tren se detiene no le será difícil realizar tan inofensivo propósito, ya está fresco. A mí me ha ocurrido dos veces en este viaje, y he pasado las penas del purgatorio. Una mujer menos veterana en la brega del ferrocarril pierde el tren, como tres y dos son cinco. En Orense — es conveniente citar *nominatim* á fin de que cargue con la culpa quien la tiene, — al paso del tren que sale de Vigo á las cinco de la tarde, consigna el Itinerario veinticinco minutos de parada, tiempo que juzgué más que sobrado para tomar bi-

llete y reexpedir mi baúl. La primera parte de la faena, ó sea tomar billete, se presentó desde luego erizada de dificultades. En la taquilla se negaron á servirme, mandándome esperar por tiempo indefinido y sin alegar razones de la espera. Es de advertir que no había al pie del ventanillo nadie más que yo; no era, pues, el apuro de la concurrencia lo que impedía atender á mi sencilla pretensión de comprar un billete por mi dinero. Esperar, sin saber por qué ni hasta cuándo, habiendo que reexpedir un equipaje y coger un tren, no deja de ser durillo. Cuando después de bastante tiempo y de mil incidentes tragicómicos conseguí tener el billete en la mano, al intentar reexpedir mi baúl me dijo el factor, entre chistes é ironías que demostraban su ingenio, que ya era tarde, y que ó el baúl ó yo ó entrambos á dos nos quedaríamos en tierra. Al manifestar mi sorpresa por tan grata noticia y alegar mi incapacidad, pues si había tardado no era ciertamente por mi gusto, tuve mi merecido: las delicadas chanzas del humorístico factor se convirtieron en severas amonestaciones, mejor dicho, en gruñidos sardónicos, y como el lector comprenderá, el tiempo, entre tanto, seguía su alado curso, y el tren, según el factor indignado repetía, no iba á detenerse por mí. ¡Triste verdad! En efecto, si no ando lista, sin mí se larga el tren. En el camino me explicaron que la carrera de obstáculos que encontré á mi paso era debida á que en la estación ignoraban que yo era yo. ¡Naturalmente! Si lo saben, me conceden la extraordinaria franquicia de venderme el billete á tiempo y reexpedirme el baúl sin lucha homérica. ¿Pues qué pensaban ustedes? De algo ha de servir la notoriedad literaria. Y los que no sean más que simples viajeros, que se fastidien. Hablando en serio, ¿qué les parece á ustedes? ¿Verdad que la igualdad ante la taquilla debería ser un hecho? Porque, en la taquilla, esta igualdad existe ya en forma económica: todo el mundo paga — ¡vaya si paga!, — no siendo ciertos señores á quienes las Compañías llevan gratis y con sahumero...

* *

En otra estación, donde quise también continuar, y donde tenía parada bastante, cerrada encontré á piedra y lodo la consabida taquilla en que debían despacharse los billetes. Por fortuna el jefe era persona atenta y servicial, que los hay, y gracias á eso se respira. En estos viajes por España, la psicología del empleado es importantísima para el viajero. La organización defectuosa y los inveterados abusos impunes y triunfantes, hacen que no esperemos sino en que la casualidad nos depare funcionarios humanos y discretos; pero ¡guay de nosotros si tropezamos con un personal como el de Orense!

* *

Casi me da vergüenza estar tratando despacio de estas incomodidades y miserias sufridas en un viaje en que, á cada estación, veo cruzar por los andenes las demacradas y amarillentas figuras de los repatriados, presencio escenas tiernas y desgarradoras — las mujeres del pueblo dándoles de beber, confortándoles, llamándoles *hijos*, — y considero cuán poca cosa son, al lado de los infinitos padecimientos del soldado, los menudos alfilerazos, las dificultades amontonadas á placer, las groserías y las impertinencias que tan pronto dan rabia como risa. Pero si bien se mira, hay más conexión de la que parece entre una cosa y otra, entre los males del soldado y los malecillos del viajero por España. Achaques de nuestra condición son los que han parado así al militar, y los que le traen ahora, exánime y moribundo, sin socorro, sin consideraciones que la humanidad reclama imperiosamente tratándose de moribundos y agonizantes, rodando por cruces, empalmes y vías, seca la garganta, vacío el vientre, rendidos el cuerpo y el espíritu. Y determinaciones de nuestro modo de ser peculiar son las que hacen que los viajes por España parezcan castigo en vez de recreo, y que se reciba maltrato donde hay razón para exigir condescendencia y buena voluntad. La gota de agua, que cría la perniciosa humedad, es también la que socava y derrumba el edificio.

* *

No me faltarán, en la próxima crónica, episodios que referir; sólo lamento que no sean aventuras extraordinarias al estilo de Alejandro Dumas, sino á lo sumo prosaicas contrariedades que encierran su poco de enseñanza y se prestan á reflexiones pesimistas.

EMILIA PARDO BAZÁN

Avila de los Caballeros.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VIAJE

Hace años dije que en España teníamos de los viajes, no esa idea amable y simpática que en otros países se tiene, sino un *concepto penal*. Las circunstancias no han cambiado desde que formulé esta observación. ¡Cambian tan poco las circunstancias en España, sobre todo para mejorar! Por nosotros no pasa un día, ni una lección de la experiencia.

Sigue considerándose, con razón, que el acto de adquirir un billete de ferrocarril es el primer paso en una serie de molestias y contrariedades que harán por tiempo determinado de la vida un infierno. Los viajes de placer, de curiosidad y estudio son aquí fruta rara, fantasía original. El billete de circulación que yo compré y uso, lleva el número fatídico de 13. No se ha despachado en la estación legionense más que una docena del fraile de tales billetes desde que se anunciaron, que si no me equivoco debió de ser allá en el mes de junio — ¡y estamos casi en octubre! — Y es que estos billetes, á pesar de sus ventajas y de su baratura, representan el viaje por capricho, por diversión ó instrucción, no por la urgente é ineludible necesidad de trasladar de un punto á otro los molidos huesos.

En mis excursiones por Europa noté lo contrario: de diez viajeros, lo menos dos llevaban esos cuadernitos blancos ó rosa en los cuales se van estampando sellos. Aquí sucede, dado el poco uso que de ellos se hace, que los revisores á duras penas los entienden, y dudan y vacilan y se equivocan á menudo. En el trayecto me ha sucedido ya que quisiesen arrancar del librito una hoja que no debía ser arrancada, y que, á serlo, me haría perder gran parte del recorrido á que tengo opción. Y no era por mala voluntad, sino por desconocimiento del manejo de los susodichos cuadernitos.

* *

Sin que en ello vea nadie alarde de presunción, he de decir que, cuando á mí me ocurra en viaje alguna contrariedad, le ocurrirán á otros ciento, pues no sólo tengo hábito de viajar, sino que mi costumbre de cobijarme en el departamento reservado para señoras me pone al abrigo de bastantes molestias. Así y todo, no hay viaje que no me ofrezca ocasión de comprobar abusos, desórdenes y deficiencias inconcebibles en un país que al fin está en Europa. El reglamento no es malo, pero no se cumple á raja tabla sino para la conveniencia de las Empresas.

* *

En el reservado para señoras, verbigracia, han ido introduciéndose corruptelas y descuidos. Apenas se da caso de que los billetes se pidan, como está dispuesto, por la ventanilla y en las estaciones. Siempre han de exigirlos hallándose el tren en marcha, abriendo confanzudamente la puerta y saltando adentro el empleado. Cuando se les recuerda lo prescrito, algunos se atufan ó se indignan y declaran que conocen muy bien el reglamento, lo cual debía servir para que lo acatasen; otros alegan distracción, y casi todos insisten, *ya que están allí*, en que se les presente el billete. Indudablemente no hay costumbre de que el público conozca sus derechos y los

LA

Cuanta
la impresi
á españoles
mismo, una
otro tiempo
igualmente
Tejo, los g
Miño. — Po
paña y quis
Galicia se a
pañola, es
ve de un m
la historia,
papel en es
rados, á pe
que foment
mos entre
de la Penín
nérico de L

Y fueron
hermanos
conseguir l
cepto borra
nuncia en l
logrado esc
tró en su ir
ibérica, que
ruido igual
que si es f
ca, es inase
que la tiene
nales en na
análogos d
papel en el
ron tambié
tins emple
demasiado

Una ven
algo más
helado en
cuenta de
gros que el
europea, fi
na, cosa q
hasta hemo
funesto cas
así, más ce
vida europ
varios idio
en Portu
ilustrada y
to á los es
como aque
Conozco li
si la igno
leído auto
claman, y
ni de escri
alaban de